

Nimay, EL HINDÚ

EMPERATRIZ MUÑOZ PÉREZ

El barco parecía esperarlo aún en el puerto,
allá en la lejanía del tiempo, dijeron.

No hallo reposo¹.

Tengo sed del infinito.

Las puertas de la casa como siempre están abiertas. Son dos alas que se baten con el movimiento del viento hecho remolino al posarse sobre la colina del largo valle. Junto a la casa, ondea pesada, en el asta de un bambú viejo, la bandera blanca raída hoy por el tiempo. Nimay la puso allí hace sesenta años y desde eso no la cambia. En ella, un barco de trazos infantiles se mece al son del viento y sobre unas aguas azules, descoloridas.

Dicen que el viejo hindú ahora solo canta un poema, y los vecinos sienten pena por no escuchar más el sonido de la rueca y el telar.

Mi alma languideciente aspira a las misteriosas lejanías.

Gran Más Allá, ¡qué profunda es la llamada de tu flauta!

Recostado sobre la estera, su cuerpo delgado, acosado por las fiebres, tiembla y se estremece. La piel, color de aceituna, se torna cada vez más oscura; pero sus ojos... sus ojos son aún más grandes y la mirada más y más compasiva.

¿Cuánta pena alberga Nimay?

1. *El jardinero*. Rabindranath Tagore.

Los relatos cuentan que llegó a América en un barco de la mano de lady Alethia, en 1946, cuando la noche en Calcuta se tornó sangrienta. Fue entregado a ella, como ocurrió con otro centenar de niños indios, que huían de la guerra entre hindúes y musulmanes, cuando la liberación de la corona inglesa fue una realidad. Sin el arbitraje inglés, los indios no superaron sus diferencias religiosas, eso se dijo. Y los trenes atravesaron ciudades y pueblos desde Peshawar hasta Calcuta, desde Assam hasta Madrás arrojando miles de cuerpos en las estaciones.

—¿Dónde el cuerpo de mi madre?, ¿dónde el de mi padre?... ¿En qué lugar habitarán mis hermanos que el barco liberó en el puerto de múltiples caminos?

Olvido
siempre, siempre,
que no tengo alas
para volar, que estoy
eternamente
atado a la tierra.

Lady Alethia no tenía respuestas. Entonces callaba y preparaba las comidas indias para que Nimay extrañara menos. Poco a poco le enseñaba al niño (de 14 años) que, aunque ella no fuera brahmán, él podía comer lo que le preparaba sin temor de contaminarse. Cuidaba de que pudiera darse sus tres baños al día con el taparrabos puesto, tal y como lo mandaban las costumbres hindúes; que usara los aceites para humectar su cuerpo e hiciera las abluciones brahmánicas durante las mañanas y, para completar su rutina, que nunca le faltara la ramita de neem para asear su dentadura.

Olvido siempre, siempre, que no tengo alas para volar, que estoy eternamente atado a la tierra.

Mi alma es ardiente y huye el sueño; soy un extraño en un país extraño.

El espíritu de Nimay, dócil y propenso a la contemplación, se recreaba en largos paseos por el valle y no era extraño encontrarlo, después de buscarlo mucho, entretenido en el largo y penoso trabajo de una araña que tejía su tela, o custodiando el nido de alguna ave que, sin explicación, le confiaba esta tarea.

Con el paso de los días se supo, entre la gente del valle, que Nimay entendía el sonido del viento y el del agua; que predecía lluvias y cosechas; y aseguraban que tenía algún prodigio en sus manos porque eran capaces de dar el mejor asiento a las huertas, y hacer familiar y de buen manejo al animal más esquivo.

Tú murmurabas a mi oído una esperanza imposible.

Mi corazón conoce tu voz como si fuera suya.

¿Cuánto van a extrañar las historias que les contaba Nimay?

El paisaje sagrado de Madanapalle (su hogar), esculpido por rocas de una antigüedad difícil de precisar y atravesado por pequeños valles, cuyas sombras prodigaban los tamarindos y los mohúres dorados; cuna y

reposo de hombres sagrados, se llenaba en los labios de Nimay de dioses protectores o pastores como Krishna que cuidaban de los hombres y los dotaban de poderes curativos y talentos para entender los ciclos de la vida. En la casa de la colina, hogar ahora de Nimay, tenía el cuarto de *puja* para adorar a esos dioses y entonar los mantras vedas, y así hacer puro aquel espacio en el que las fotos y láminas, los sahumerios e inciensos daban cuenta de sus espíritus protectores. Toda una curiosidad para los vecinos adventistas con los que convivía, pero para Nimay era su realidad. Una esencia que ni el esfuerzo amoroso de lady Alethia por integrarlo a la vida en América con sus costumbres y usos, logró diezmar. Nimay siempre vestía su dhoti blanco y sandalias de trenza ajustadas a sus pies, aunque prefería caminar descalzo. Cuando oraba lo hacía en télugu, su lengua natal, y aunque aprendió el inglés, solo lo usaba para comunicarse con lady Alethia, o con los vecinos que se acercaban a él en busca de sus talentos con las huertas, los animales y en especial por las telas que confeccionaba.

*Gran Desconocido, ¡qué profunda es la llamada de tu flauta!
Olvido siempre, siempre, que ignoro el camino, que no poseo un caballo
alado.*

Dicen que a Nimay le gustaba estar con los niños, que a pesar de los años conservó su mente infantil propensa a los juegos y a las risas. Por eso, en las tardes de los sábados, los niños del valle se reunían con él a la sombra del pimentero para escuchar la historia de Brahman, principio de los hindúes, que siempre le hacían repetir:

—De la boca de Brahman nacieron los hombres sagrados de la India, los brahmanes; de sus bíceps los chatrias, hombres guerreros; de sus caderas los vacias, que son los comerciantes; los sudras, que nacieron de sus pies, artesanos; y los nacidos de la tierra, son los intocables o sin casta...

—¿De dónde nació usted, señor Nimay? —preguntaban los niños.

—De la boca de Brahman —decía y también sonreía.

Debajo del pimentero, los niños del valle disfrutaban imaginando qué encarnarían en otras vidas, en caso de que tuvieran un buen Karma, al que los alentaba Nimay enseñándoles la generosidad y las buenas acciones como único camino para alcanzar la plenitud. Además de contarles historias, Nimay les enseñaba a tejer guirnaldas de flores, las mismas que usaban para despedir alguna vida o celebrar un nacimiento en el valle. Donde estaba Nimay había flores y algunos decían que su aliento olía a Jazmín.

*No puedo ballar descanso; soy un extraño para mi propio corazón.
En la soleada niebla de las horas lánguidas, ¡qué grandiosa visión de Ti
aparece en el azul del cielo!*

Dos semanas lleva Nimay sin probar alimento, eso dicen, solo mira y canta el poema. A veces se queja y un nombre es dicho como sus mantras vedas:

Shaila/Shaila/Shaila

—¿Madre, eres tú?

Cuando lady Alethia murió, Nimay siguió cuidando de la casa y aunque pudo regresar a la India, no lo hizo:

—Esta es la India —decía, y señalaba el valle, el pimentero, la tierra y el firmamento.

Y frente a las aguas de un riachuelo:

—Este es el Indo y el Ganges. Todas las aguas la misma agua, todos los vientos el mismo viento.

—Tal vez así no se siente forastero —dijeron.

Y como uno de ellos, la gente del valle asumió el cuidado de Nimay en los últimos días, y cumplieron su deseo de conservar encendido día y noche el candil. Pero había que dejarlo solo, alentar la llama del candil y marcharse, esa era la tarea.

*Gran Arcano, ¡qué profunda es la llamada de tu flauta!
Olvido siempre, siempre, que están cerradas todas las puertas de esta
casa en la que vivo solo.*

Ahora las puertas de la casa se cerraron. La bandera que ondeaba lenta se desprendió del bambú y se elevó con el viento, igualando en el vuelo a las gaviotas que cruzan el firmamento.

Nimay ha muerto.

Los niños corren por el valle anunciando la muerte del viejo hindú.

Para el sepelio se tejen las guirnaldas, se encienden los sahumerios, algunos cantan, mientras los más pequeños imaginan a Nimay montado en el barco pintado en la bandera, regresando en un viaje muy, muy largo a la boca de Brahman, su Creador. **U**



EMPERATRIZ MUÑOZ PÉREZ (COLOMBIA)

Novelista y cuentista. Algunos de sus cuentos han sido publicados en revistas y antologías. En 2008 publicó el libro *A Dios le dio Alzheimer y otros cuentos*. Sus novelas publicadas son: en 2013, *La casa en el barrio*, novela de la Editorial Universidad de Antioquia; en 2015 *El Asunto*, de Ficción la Editorial; y en 2016 *Una sombra*.